

ABRE LOS OJOS

Miré dentro del camión, estaba repleto de cajas de todo tipo de tamaños. Me quedé observándolas, parecía mentira cómo podía caber toda una vida en unas simples cajas de cartón.

Quietas, inmóviles, riéndose de mí, no sabía a dónde se dirigían, ni siquiera qué iban a hacer con ellas, no quería mudarme, mi vida estaba aquí, no conocía otro lugar, no quería irme.

-Nos tenemos que ir- dijo una voz a mi espalda despertándome de aquel trance de recuerdos, la reconocí enseguida, era mi madre, aquel extraño ser al que le entusiasmaba la idea de dejar todo atrás, de empezar de cero, desde hacía tiempo ella estaba nerviosa, había algo que la perturbaba, quizás fuera la mudanza, me ocultaba algo, de eso estaba segura.

Subí al vehículo que nos llevaría a nuestra nueva vida, conducido por mi padre, que al igual que yo tenía una mueca triste en la cara, pero no era por la misma razón, no le importaba, es más, él quería mudarse. No lo entendía, pero no tenía ganas de preguntarle aquello, seguro que su respuesta sería del estilo: - Son cosas de mayores, no es de tu incumbencia-, no me apetecía escuchar una respuesta así; yo ya me consideraba mayor, tenía trece años y no es que fuese tonta; nadie entiende a los adultos, al parecer todo gira en torno a ellos, mi opinión no cuenta nunca.

<<Quizás sea mejor así>>, me repetía intentando hacerme a la idea de dejarlo todo.

Miré hacia atrás para ver como se perdía entre las demás casas la que había sido mi hogar durante toda mi vida.

Los recuerdos vinieron a mi mente abstrayéndome de todo lo que sucedía a mi alrededor; reviví recuerdos que ya los daba por olvidados, fue como revivir mi propia vida.

De repente una pregunta se me vino a la cabeza, <<¿Cómo había sucedido?>>, llevaba tanto tiempo preocupándome por dejar mi vida atrás, que ni siquiera me había detenido a pensar el por qué de aquella situación, todo había sucedido tan rápido, no tenía sentido.

-¿Por qué?- pregunté en voz alta como por instinto.

-¿Por qué, qué?- repitió mi madre, haciéndose la tonta, ella sabía perfectamente a lo que me refería.

-¿Que por qué nos mudamos?- dije impaciente.

Mis padres cruzaron una mirada llena de terror, la expresión de sus caras dejaba mucho que

desear, no me gustó nada, ahora temía la respuesta, mi mente empezó a imaginar; cientos de preguntas me poblaban la cabeza, no quería elegir ninguna, todo conllevaría algún sacrificio por mi parte.

-Nada inusual- dijo tras un largo rato mi madre- la casa se nos estaba quedando pequeña- añadió.

Sabía que no se trataba de eso pero no quería insistir, sus razones tendrían para no querer decírmelo, ya lo descubriría yo sola.

Pasó el tiempo y el cielo se ennegreció, la luna llena brillaba en lo alto del cielo, no se podía ver nada más allá de lo que alcanzaban las luces del coche. Habíamos entrado en una autovía rodeada de frondosos árboles que se perdían en la oscuridad.

Sentada en el asiento trasero del coche, no podía evitar aburrirme, el paisaje era mi única distracción, y no es que digamos que fuese muy entretenido.

Miraba por la ventanilla imaginando como sería el lugar al que nos dirigíamos, miraba la oscuridad, las sombras producidas en los árboles por los focos del coche.

Un inesperado frenazo de mi padre hizo que todo mi cuerpo se impulsara hacia delante; obligado por una fuerza mayor a la mía, los reflejos me hicieron cerrar los ojos con fuerza, no pude escuchar nada salvo el grito de terror de mis padres, el cinturón paró mi cuerpo rasgándome completamente el cuello, con intención de ahogarme, para luego dejarme caer de nuevo contra el asiento que delicadamente amortiguó mi caída.

-¿Qué ha pasado?- dije todavía con los ojos cerrados, intentando recomponerme del golpe.

Esperaba una respuesta que nadie me dio, no se oyó nada, ni siquiera escuchaba la respiración de mis padres.

Abrí los ojos con la esperanza de verlos allí con vida.

Esperé a que los ojos se me adaptaran a la luz escasa que emitía el coche. Por fin pude ver con claridad, vi algo que me dejó paralizada. La luna del coche estaba rota en cientos de pedazos esparcidos por los asientos vacíos de mis padres.

Las gotas de sangre aún resbalaban por la tapicería del coche, los asientos se tiñeron de un

rojo oscuro, los cristales de las ventanillas habían sido salpicados por la sangre que yo no me atrevía a aceptar que fueran de mis padres, no lo quería encajar era demasiado difícil para mí.

Seguí con la mirada el rastro de sangre que salía del coche, entre las sombras de la noche, distinguí una silueta esbelta, <<-Es mi padre-pensé>> , salí del coche atemorizada, con la intención de acercarme a aquella figura.

Me acerqué bastante, cada vez que daba un paso dudaba más de que se tratase de mi padre.

La silueta de aquella persona se dio la vuelta, la luz del coche le rebotó en el rostro, y pude distinguir un chico rubio, corpulento y de ojos verdes que me miraba con una extraña expresión en la cara.

No sabía si alegrarme por haber encontrado a alguien, o por el contrario preocuparme por ello.

En ese instante la luna que hacía unos segundos se ocultaba tras las nubes, decidió salir, estrellando su luz en la cara de aquel chico.

Su piel brillaba intensamente y pude ver como el vello de todo su cuerpo crecía de una forma bestial, en cuestión de segundos el muchacho quedó oculto tras el pelo.

Me asomé tras aquel hecho, agucé la vista y divisé que el chico se había convertido en una bestia enorme. De su cara resaltaba un gigantesco hocico.

Me miraba, era una mirada profunda, sus ojos verdes esmeralda se clavaban en mi interior.

Aquel animal, si se le puede llamar así, escondía algo más que su figura humana, daba miedo ver como se retorció de dolor mientras cambiaba de forma.

Era mi oportunidad, debería de salir corriendo en aquel instante, tendría tiempo para escapar y huir al coche antes de que la bestia acabase su metamorfosis.

Pero justo cuando más lo necesitaba, las piernas me fallaron por el miedo, sentía pánico, tanto, que ni siquiera me podía mover.

El animal alzó una mirada llena de odio, me hizo retroceder.

Un aullido de lobo resonó desde la espesura, fue la señal clave, impulsado como por un resorte el animal se abalanzó sobre mí.

Eché a correr carretera abajo, pero sabía que era inútil, tarde o temprano me alcanzaría, no podría hacer nada.

Al rato tenía la sensación de que ya no me seguía; me di la vuelta, y efectivamente el animal ya no estaba allí.

Sentía su presencia, escuchaba su respiración detrás de mí, me di la vuelta, no estaba, volví a escucharle detrás, no estaba, quizás me estaba volviendo paranoica. Empecé a dar vueltas sobre mí misma, por algún lado tendría que estar.

Escuche el crujir de las ramas a un lado de la carretera, miré detenidamente.

Sin esperar algo saltó hacia mí, grité con la esperanza de que alguien me escuchara, no serviría para nada, no había gente en kilómetros a la redonda. Caí al frío asfalto dando un fuerte golpe.

El animal arañó lo primero que vio, desató su ira contra mi barriga, le hizo heridas profundas, salía demasiada sangre, y si el lobo no me comía, ya moriría yo desangrada por el camino.

Le miré a los ojos retorciéndome de dolor, con expresión decidida, ya sería inútil todo intento de supervivencia, estaba atrapada bajo las garras de aquel espantoso animal.

Sabía que era mi fin, el fin de una vida corta, me lamentaba el no haber vivido a lo grande, tarde, era demasiado tarde para todo, mi vida acababa allí, desangrada por un lobo en una carretera, no era la forma en que pensaba dejar este mundo, demasiado humillante.

La baba del animal caía de su boca empapando mi cara con aquel líquido pegajoso.

El lobo abrió sus fauces para intentar devorarme.

-Abre los ojos- dijo el lobo-Abre los ojos- repitió en lugar de intentar comerme.

La imagen que percibía mi ojo era borrosa, me dolía la cabeza, todo empezó a dar vueltas. Una sensación de angustia me invadió el cuerpo.

-Abre los ojos- repetía la voz del animal en mi cabeza.

Decidí hacerle caso, y abrí los ojos. Vi a mi madre.

-Abre los ojos- dijo con una sonrisa en la boca- ya hemos llegado, te habías quedado dormida- especificó.

Ahora lo veía todo con más claridad, había sido un sueño, todo volvía a tener sentido.

Me incorporé del asiento y me precipité hacia la salida, entusiasmada por ver mi casa nueva.

El sueño me había hecho abrir los ojos, debería vivir la vida al máximo y aguantar mi condición.

Entreví la casa en la oscuridad, era enorme, con pinta de antigua pero parecía perfecta para pasar el resto de mi vida allí.

Era tarde y tenía sueño, lo bueno es que la casa ya estaba amueblada y podría dormir, mañana inspeccionaría tranquilamente.

Subí a mi habitación guiada por mis padres.

Era un cuarto grande, por lo menos más grande que el que tenía en mi anterior casa. Tenía una ventana y pinta de acogedor; me gustaba, aunque sólo hubiera una cama en ella.

Cuando me quedé sola en la habitación saqué de la maleta el pijama, sólo quería acostarme por el momento.

Me quité la camiseta y descubrí algo que me dejó sin habla, algo espantoso que le quitaba sentido a la historia.

En mi barriga había tres cicatrices enormes de la herida que me hicieron las garras del lobo.

EL MAESTRO DE LAS MARIONETAS

Hilo largo de blanca seda, cruz de madera con los clavos oxidados, cabeza de lino, ojos de cristal, brazos de paño, cuerpo de relleno y piernas de lana. Bajo la sombra del maestro cuelgo en su estante. Mis brazos en cruz, mis piernas caídas, los aplausos suenan. El maestro se mueve lentamente a través de la habitación, habla sin mover la boca, lleva un traje con pajarita y mientras una tenue luz roja le ilumina habla consigo mismo sin mover los labios, sin articularlos. En un giro me mira como el que mira a un hijo, me miro en sus ojos y me veo reflejado, en él. La cruz se levanta y me voy con el maestro, camina lento a través del pasillo, los otros le saludan, mujeres disfrazadas y hombre empequeñecidos. Los aplausos vuelven a sonar, esta vez estallan, rompen en los oídos, animan el alma y suben la adrenalina. El maestro coge la chistera, otro señor le da un taburete rojo granate, su mano ya no acaricia mi vieja madera, la agarra. Poco a poco nos vamos acercando al escenario y sin darme cuenta ya me estoy moviendo, corro de un lado para otro mientras las gentes del teatro con sus miradas atentas miran de un lado a otro, el maestro observa desde la altura, me siento en el taburete, los hilos se tensan mientras el baja.

—¿Cómo estás, Don Gádor? —dice el maestro. Las palabras salen de su barba blanca y gris, mis ojos gigantes se abren y con mi rostro blanco le contesto.

—Muy bien, aunque a usted lo veo un poco maniatado. ¡Parece que está atado con hilos invisibles! —el público ríe y en bastidores sonríen.

Los chistes se suceden y cuando llega el final de nuestra función, todos sonríen y con un fuerte aplauso nos vamos cruzando el telón. El director, contento, habla al maestro.

—Veo que se ha adaptado bien a la marioneta, el espectáculo ha sido excelente—dice sonriendo.

—Sí, la verdad es que es una obra de artesanía, mi voz fluye en él como el tronar del río en el valle, espero hacer muchas más actuaciones con él.

Volvemos al camerino. El ventrílocuo se quita la chistera, la pone cuidadosamente en su maleta, y posteriormente me deja a mí en mi estantería. La luz de la habitación siempre había sido tenebrosa; solo tenía una luz de color rojo en el techo. El maestro mira la foto de su predecesor, se sorprende y me vuelve a mirar sorprendido.

No hubo grito, tampoco forcejeo. Solo sangre, un charco color bermejo resplandeciente, denso, tan rojo que podría haber salido el mismo diablo de él, pero no, no estaba el diablo, una marioneta yacía en medio, otra foto colgaba de la pared.

La marioneta tenía una barba blanca y gris, en la boca un gran hueco. La sangre se fue por el

desagüe, como ya había hecho muchas otras veces. La marioneta, colgada en medio de la sala, lucía como ahorcada.

El director de la función entró en el camerino con paso cuidadoso y cara neutra. La marioneta lo miró, movió su mano de paño, se puso la chistera y el director giró. Con la luz roja se pudieron ver sus hilos manipulados por el verdadero maestro... La marioneta volvió al escenario observando a los espectadores. Los artistas se movían lentamente mientras interpretaban “The Dance of the Sugar Plum Fairy”. La marioneta gesticulaba de un lado a otro sin parar, moviendo brazos y piernas. En el piso superior al escenario, los bailarines se mueven, danzan, hacen todo a la perfección. Cuando se cierra el telón, a la par que los aplausos rugen como un rayo, ellos caen al suelo, como guiñoles sin dueño.

Los Ángeles de la Muerte

Todo pasó muy rápido. Sin querer saberlo ya estaba corriendo hacia el precipicio. Precipicio, precipicio, precipicio... Palabras que no se apartaban de mi mente. La muerte, algo tan conocido para nosotros, se estaba convirtiendo en una extraña. Sentí su mano sudorosa contra la mía, tal vez por los nervios, tal vez por la emoción. Y sin quererlo la solté. Me quedé a centímetros del borde, mientras nuestra canción sonaba, como una hermosa tortura. La vi caer, muy lentamente. Su pelo marrón se balanceaba con el viento. Tenía las manos extendidas con expresión de sorpresa y lágrimas en los ojos. Quise saltar, pero no pude. Quise abrazarla, pero no pude. Me estiré todo lo que me fue posible pero, solo llegué a rozar su negro vestido. Grité su nombre, grité. Por mi cobardía, por mi estupidez. Pero ya era demasiado tarde. Ya era demasiado tarde...

Los Ángeles de la Muerte, nos hacíamos llamar. Un grupo de alocados adolescentes, unidos en un grupo de alocados músicos. No tocábamos ni pop, ni soul, si no heavy metal. Nuestro lema era "La Muerte de Nuestra Mano". Juan era el bajo, Víctor ,la batería, Isabel, la cantante y yo, el guitarrista. Nos dijimos tantas cosas, vivimos tantas cosas, nos prometimos tantas cosas. Promesas que juramos cumplir. Promesas... Pactos entre nosotros que sellamos con sangre. La quería, nos queríamos. Todos en la banda nos conocíamos desde siempre. Éramos inseparables, inexpugnables, pero solo éramos simples adolescentes. Con la cabeza llena de locuras, locuras que a veces no salían como nosotros queríamos. Éramos jóvenes y queríamos seguir siéndolo. Jóvenes viviendo todo intensamente. Y lo planeamos, Isabel y yo. Planeamos ser eternamente jóvenes, eternamente felices, estar eternamente juntos. Lo haríamos todo a las afueras de la ciudad, el día que nos conocimos, con nuestra canción, a las doce, con luna llena. Queríamos estar con la muerte, y casi lo conseguimos. Eran las once y salí de casa, despidiéndome de mi padre y de mi madre, diciendo que iría a casa de Juan. Llegué al acantilado y todo estaba preparado. Las velas, el reproductor y ella. Nos cogimos de la mano. Ella sonreía, yo sonreía. No éramos conscientes de lo que íbamos a hacer. Corrimos todo lo que pudimos, deseando alcanzar nuestro momento de gloria con la muerte, cuando esta no hizo

otra cosa que engañarnos.

Era un día nublado, algo muy distinto al anterior. Estábamos otra vez en el acantilado, pero no las mismas personas. Los padres de Isabel lloraban, todavía preguntándose por qué su hija había tirado por la borda toda su vida. Vida... Algo tan monótono a la vez que diferente. Una regalo que no apreciábamos hasta el momento de la verdad, un regalo que era hermoso por lo efímero. Todos lloraban, intentando que sus lágrimas empaparan el relato que estaban leyendo, un relato que estaban presenciando. Me miraban, intentando saber el porqué de lo sucedido. Yo no contestaba, avergonzado de mi mismo, hundido, acabado... Los siguientes días fueron grises, habían perdido su color. Ya nunca volvimos a tocar. Y como pasan los días, también pasan años. Trastornado por los sucesos, una vez acabé el instituto me fui de casa. Pensaba que si me iba de aquel lugar lograría superarlo, como todos. Pero no fue así. Me trasladé a otra ciudad. Aires distintos, gente distinta, pero el mismo sentimiento. Caí en la bebida, con la esperanza de que disipara mis males, por lo menos durante unos instantes. Pero cada vez era peor. Siempre vislumbraba su rostro, en cualquier lugar. Me lo prometiste, decía, me lo prometiste... Y se lo prometí, es cierto, le prometí morir. No podía más. Era horrible. El acantilado, la canción, me lo prometiste, me lo prometiste... Me estoy volviendo loco, que pare esto, ¡Que pare! Te lo suplico para, deja de atormentarme, deja que tenga un momento de paz. No quiero ver tu rostro. ¡No quiero verte! Me desperté sudoroso, con un fuerte sabor metálico en la boca. Sangre. Me llevé la mano a la cabeza, dolorido. Había sido una pesadilla. Seguro que había sido una pesadilla. “¿Por qué me dejaste caer...? ¿Por qué?” No puedo más, no puedo más...

Volví, intentando enmendar el error que había cometido, el error que había destrozado toda la vida. Todo estaba como siempre. Me recibieron con júbilo, tanto mis antiguos compañeros, como mis padres. Se sorprendieron al ver mi estado, pero no le di importancia. Me dirigí lentamente al cementerio, rememorando las anécdotas pasadas. Mientras tanto las voces de mi cabeza no cesaban, elevando su intensidad. “Nunca te dejé solo. Te apoyé siempre, pero me traicionaste. Y recuerda, me

lo prometiste.” Cuando ya no podía más las voces cesaron, y llegué al cementerio. La lápida de Isabel estaba próxima a la iglesia. La hallé cubierta de raíces y con unas rosas secas en la superficie. Me arrodillé y la limpié, hasta que llegué a las letras y estallé. Me puse a llorar, por todo. Por Isabel, por mis amigos, por mi. Todo había sido por mi culpa. Todo. “Lo siento, Isabel. Perdóname. Fui un estúpido al abandonarte, al dejarte caer. Pero ya es demasiado tarde para todo, si hay algo que pueda hacer por ti... lo que sea”. Entonces la vi a ella, y a mí. Tenía otra vez dieciséis años e Isabel no parecía atormentada. La rodeé entre mis brazos y la besé.

“La muerte no es excusa para romper una promesa”, dijo.

Encontraron mi cadáver junto a su lápida. Algunos se sorprendieron al no saber las causas de mi muerte, pero otros intuían que me había suicidado, tal vez para estar con ella, tal vez por mi culpa. Pero estaban equivocados. El beso de la muerte me había llevado hasta ese otro mundo. Cumpliendo la promesa al fin de tenernos a los dos.

Al leer estas páginas habrás sacado la moraleja de estas memorias, para mí importantes, pero para otros una simple historia. Atiende a estas palabras, pues son importantes; la muerte, amiga que va de la mano, recoge todas las promesas, hasta las que se formulan en vano.

El más frío de los monstruos

Desde allí donde alcanza mi recuerdo, siempre me habían gustado las historias de monstruos.

Muchas veces recorría cada rincón del pueblo con sus infinitos empedrados y los laberintos que configuraban los olivares en su periferia. Bajaba hasta allí donde el agua etérea del río embestía bruscamente contra las rocas para resbalar luego con dulzura por su superficie y subía hasta las más inhóspitas cimas de las laderas donde se podía escuchar fácilmente el silencio. Había oído hablar de aves capaces de elevar a un hombre en el aire y de lagartos plateados como peces que aparecían mágicamente deambulando como sirenas en el turbio interior de los embalses. Escuché encuentros con verdaderos dragones inmóviles en los caminos de olivos que seducían a la gente disfrazados de inertes piedras preciosas, conglomerados de diminutas esmeraldas y zafiros, y hasta de serpientes inmensas que moraban en los desvanes de las propias casas. Aunque incansable en mi búsqueda de aquellos seres fantásticos, nunca vi ninguno, seguí mucho tiempo a la caza de todas las historias que los podían evocar, al menos en mi imaginación, y solía terminar suponiendo que todos esos monstruos formaban parte del pueblo antes de que yo naciese. Años después de dejar aquel lugar por circunstancias de la vida, volvía con no poco agrado a visitar a todos aquellos que, sin estar físicamente, continuaban en aquel recodo de ninguna parte y no pocas veces rememoraba aquellas historias cuando atravesaba sus nostálgicas calles. Ahora el pueblo era apenas un reflejo de esa época, el río se reducía a poco más que un balate agonizante y las arcaicas sendas de campo, ahora enturbiadas de caminitos de piedra y bancos de madera, en uno de los últimos rincones donde la gente podía evadirse de una ciudad cada vez más poblada y cada vez más vacía.

El día de todos los santos llegué, entre unas cosas y otras, tan tarde que tuve que encender las luces del coche en el último tramo de taludes y salientes. De no ser porque la carretera tampoco era la misma, jamás me habría atrevido a viajar con ese horario. El cielo, que poco después de mi salida era un lago salpicado de algas rosadas, se había convertido en una negra capa agujereada por la luna. Tras aparcar y dejar medianamente ordenadas mis pertenencias en la habitación de la antigua casa a la luz de una solitaria candela, bajé de nuevo a recoger las flores que yacían aún frescas sobre el asiento trasero del vehículo y me

encaminé ligero al cementerio. Apenas bajaba la primera cuesta cuando el silencio, únicamente interrumpido por el crujir de las hojas apiladas en las márgenes de las aceras, se rompió en seco con el chillido de una mujer filtrado a través de la carcomida puerta de su casa, que se encontraba entornada. Entré y me topé de bruces con una de las últimas vecinas del barrio señalando tímidamente los entresijos de su techo a la vez que describía un ser indefinido; algo invisible que hacía crujir las tablas con su retorcido avance por la estructura del antiguo edificio. En cuestión de segundos, desapareció el ruido por completo y la sala quedó envuelta en una incómoda atmósfera de vacío gélido. Pasé dos horas tranquilizando a la sobresaltada residente, que acababa de retornar a su domicilio tras varios meses de ausencia con su familia en la ciudad, y escudriñando las vigas con una linterna desde una escalera para encontrar poco más que polvo. Abandoné el hogar bajo la convicción de que lo que atemorizó a la mujer sería, en el peor de los casos, un ratón.

Al volver del cementerio, me quedaba la energía justa para llegar a la cama. Las escaleras de la casa, que nadie imaginaría estuviese hace no tanto habitada, conformaban una estructura aparentemente inestable y que proyectaba claros y sombras con una diversidad que sorprendía por no ser premeditada. Tras recorrer el fantasmagórico pasillo, me cambié y me acomodé entre las sábanas recién puestas segundos después de que el hilo de brisa susurrado por la ventana apagase de golpe el resplandor de la vela.

Abrí los párpados acalorado por la manta. El cielo se resquebrajaba entre destellos y truenos fundidos con nuevos gritos de la casa de enfrente. Era evidente que no podía volver a dormirme. Al golpear la puerta de la vecina, una mano temblorosa me permitió el paso dejando ver un péndulo con ojos de cristal. Desde una infinita fisura, se descolgaba sobre nosotros una enorme culebra, de escamas sucias y dibujos amorfos, con la boca abierta. Entre las fauces del reptil, el cadáver de un murciélago, sometido a la aplastante presión de las mandíbulas, había quedado envuelto en una sustancia viscosa y goteante al estallar sus diminutos ojos y vaciarse el contenido de sus vísceras, mezclándose con la saliva de su verdugo. La tráquea de la serpiente, se abría camino entre el pelaje ensangrentado para poder arrastrar un escaso sorbo de aire húmedo hacia su cuerpo exhausto que se dilataba lentamente con cada exhalación.

Volví lo más rápido que pude a mi portal, bajo el insistente estruendo de la tormenta, para coger un

objeto lo suficientemente largo como para alcanzar al inesperado huésped. Cuando me presenté nuevamente, sosteniendo lo que hace dos décadas debió servir de escoba, la guardia civil había tomado el habitáculo. Tres policías armados nada modestamente rodeaban la aparición, ahora sobre el suelo. Junto al quiróptero masticado, el ofidio se alzaba vacilante, con dos tercios del cuerpo en el aire; la boca cerrada, pero rezumando desagradable fluido entre bufidos ensordecedores; las pupilas, eclipses solares sobre la noche, estaban clavadas en la figura central del trío. El aire estático, que rodeaba la escena, silbó al ser desgarrado en una certera cuchillada por un veloz movimiento del brazo de aquel agente. El cuerpo decapitado del animal se contrajo y retorció como una manguera abierta dejando tras de sí un espeso borbotón de sangre hasta quedar definitivamente abatido. Un último escalofrío recorrió todos sus músculos hasta morir en un leve latigazo de la cola y el occiso se petrificó. Sobre el suelo, la cabeza helada de la culebra con las mandíbulas desencajadas y la tráquea totalmente expandida, descolgaba una lengua negra y decaída en un intento interrumpido de decir algo. El eclipse se disipó y una densa bruma blanca inundó tétricamente los ateridos globos oculares.

Tras unos instantes de perplejidad, deslicé la mirada lentamente desde esas cuencas llenas de niebla espectral, ahora tan densa como los nítidos reflejos de la propia luna, hasta entrelazarla con la del hombre, mucho más turbia. Y así quedé definitivamente convencido de que, todavía, cualquier lugar estaba invadido por verdaderos monstruos.

LA FIANCÉE

Mlle Delanuit est assise devant le miroir. Elle regarde avec douleur son visage plein de rides. Elle sait que toute sa beauté est disparue, cependant chaque premier Novembre elle tente d'être jolie: elle cache ses rides avec du maquillage, elle met un peu de bleu sur ses yeux tristes, elle se peigne, elle prend le rouge à lèvres pour dessiner un sourire et finalement elle met sa robe de fiancée. Elle se regarde: la robe maintenant est trop grande, mais elle ne s'en rend pas compte, et elle danse dans la chambre. Elle est prête, elle est jolie pour lui, pour son fiancé, comme il y a cinquante années: le jour de son mariage. Le premier Novembre 1963 il devait être le jour le plus heureux de sa vie, le jour de son mariage, mais la Mort est venue pour lui voler son fiancé. Depuis ce jour, chaque premier Novembre elle met sa robe de fiancée et elle va visiter la tombe de son amour. Elle caresse la froide pierre et elle crie:

- Pourquoi?- demande-t-elle - Rends-moi mon amour!

Mais la Mort ne lui répond jamais. Cette année est différente. Elle est décidée, elle ne quittera pas le cimetière sans une réponse. Elle arrive au cimetière et regarde les cyprès, ils sont ses amis. ils la connaissent très bien.

Aujourd'hui le cimetière est plein de gens. Tout le monde porte des fleurs pour ses êtres aimés. Mais personne ne la regarde. Pour eux, elle est la folle. Elle porte, elle aussi, un bouquet de fleurs, comme celui qu'elle portait le jour de son mariage, et elle met doucement les fleurs sur la tombe. Elle s'y assied et elle pleure. Les heures se passent. Tout le monde est en train de quitter le cimetière alors qu'elle attend la nuit et la solitude. Et la nuit noire et froide arrive. Elle ne voit rien; il n'y a pas d'étoiles au ciel. Elle ne peut voir que la tombe blanche sur laquelle elle est assise.

Le silence est partout. Alors, elle crie en appelant la Mort.

Mais la Mort garde le silence. Mlle Delanuit est fâchée.

- Que tu es lâche! Viens parler avec moi, je te l'exige!

Tout à coup, elle peut voir devant elle un squelette portant une faux.

-Ah, finalement tu es venue! J'avais envie de te connaître!

- Mais 1'heure de nous connaître n'est pas encore arrivée. Qu'est-ce que tu veux? J'ai beaucoup de travail - dit le squelette.

- Je veux te maudire. Mort, comme je te déteste!

- Je ne suis pas la Mort.

- Qui es-tu, alors? - demande-t-elle.

- Je suis seulement son servent.

- Alors, je ne veux pas parler avec toi. Appelle ta maîtresse.

- Je ne peux pas. Tu n'as pas un rendez-vous avec elle.

- Je m'en moque. Je veux parler avec elle. Elle a une dette avec moi. Elle doit venir.

- Ma maîtresse seulement se laisse voir une fois.

- D'accord.

- Bon, si tu le veux...

Le squelette parte lentement dans la nuit. À sa place, une dame très belle sort de la nuit. La Lune allume ses cheveux blancs, longs et raides qui dansent avec la brise. Sa peau est blanche comme le marbre des tombes. Avec une robe blanche en soie, elle ressemble à une fiancée.

Mlle Delanuit n'a pas peur.

- Qui êtes -vous - demande Mlle Delanuit.

- Je suis la Mort - répond la dame - Qu'est-ce que tu veux? Pourquoi tu m'as appelée?

- Je voulais vous dire que je vous déteste.

- Tout le monde me déteste et personne ne m'appelle pour me le dire. Par contre, tout le monde aime ma mère.

- Qui est votre mère?

- La Vie. Je suis fille de la Vie.

- Oui, je t'aime moi aussi. Mais, vous, je vous déteste. Vous êtes méchante, vous m'avez volé mon cœur, mon amour.

- Je ne t'ai rien volé. L'heure de ton amour était écrite

- Qui l'a écrite ?

- Mon père, bien sûr.

- Qui est votre père?

- Le Destin.

Mlle Delanuit pleure.

- Je veux être avec lui, avec mon amour. Rendez-moi mon cœur. Je vous en prie.

- Tu en es sûre, ma chère amie?

- Oui, complètement.

- D'accord. Il t'aime encore. Cette nuit, la nuit des morts, vous commencerez une lune de miel éternelle.

Dans le village personne n'a plus vu Mlle Delanuit. Tout le monde l'a cherchée partout; mais ils n'ont pas eu de chance. Sa disparition a été un mystère, car personne n'a cherché à l'intérieur de la tombe d'un jeune homme.

Dans la tombe les fiancés reposent ensemble. Ils y sont embrassés, embrassés pour l'éternité.